

Significación de Gabriel Celaya

por Leopoldo de Luis

“La poesía es un arma cargada de futuro”, dice en uno de sus poemas Gabriel Celaya, el poeta recientemente desaparecido. Espero que su dolorosa desaparición física no sea seguida por la desaparición en la memoria de las gentes. Ya sé que ese es el destino de casi todos los poetas, a los que la muerte los condena y el silencio los fusila, pero la obra de Celaya supone una explicación de nuestra propia historia como pueblo, en una zona grave y crítica de medio siglo.

Arma cargada de futuro resultó en su día sorprendente definición. Para algunos, incomprensible; para otros, opuesta a vagas posturas esteticistas. Y sin embargo, bien mirada, es exacta. Quizá por ello hizo pronto fortuna, La exactitud reside en el fin último de la poesía, cuando ésta se concibe lejos de todo delirio narcisista. La poesía no como un lujo ni como recreo de iniciados. La poesía, por encima -o por debajo- de sus valores estéticos, encierra unos valores morales y está más cerca del humanismo que de la evasión lúdica. En ese sentido, la poesía es un *arma*, esto es: un instrumento, un medio. Y es un *arma cargada*, esto es: plena de un contenido grave y a punto. Y un arma cargada de *futuro*: proyectada a la conciencia y a la sensibilidad, susceptible de actuar en el tiempo y en el espacio: hoy y en adelante. En resumen: la poesía puede contribuir a modificar, a transformar éticamente la vida. Celaya enuncia, pues al enunciar esta definición de la poesía un fermento revolucionario.

textos selecciona-

Claro que el poeta no es nunca monocrorde. Todo poeta se siente impelido al poema desde precipicios múltiples. Celaya es un poeta sumamente complejo que, además de su innata condición, se forma rigurosamente en una cultura y en un prolongado contacto con la filosofía y con la ciencia. Es un poeta sincero, pero no un poeta de loca espontaneidad y facilidad arrebatada. Tuvo relaciones

amistosas con los ya maestros del 27, y se sintió muy cerca del surrealismo y de cuanto este movimiento supone de profundización en el subconsciente y las herencias biológicas. Se sintió también atraído por el existencialismo y su aceptación del absurdo como drama vital. Hay, como en todo gran poeta, una conciencia cósmica, que él ha llamado mágica, sometida a las fuerzas naturales, y una conciencia colectiva o social, que no puede dar de lado las realidades condicionantes del vivir dentro de unas estructuras. Sin abandonar los impulsos ni la atracción de la primera -a la que volvió en los últimos años-, una crisis trascendental sume al poeta en el abrazo de las exigencias urgentes de la segunda, a la que dedica la mayoría de sus más famosos libros:

*“Me avergüenza pensar cuánto he mi-
/ mado
mis penas personales, mi vida de fan-
/ tasma,
mi terco corazón sobresaltado.”*

Son versos que denotan un cambio de actitud frente a la poesía, despojándose de individualismos y asumiendo el dolor y la esperanza colectivos. Sin olvidar del todo los rasgos de su formación cultural, el poeta va a crear su propio estilo, dentro de un realismo social que parte de un principio: nadie es nadie, sino en los otros. Hay un cambio de pronombres: el *yo* deja paso al *nosotros* y,



quizá consciente de sus propias contradicciones, Celaya echa mano de sus heterónimos o, por mejor decir, de la triple combinación de sus onomásticos y sus patronímicos: Rafael Gabriel Juan Múgica Celaya y de Leceta, que se desdoblan en el Rafael Múgica de sus primeros libros, el Juan de Leceta de ciertos buceos y sarcasmos existenciales, y el Gabriel Celaya que centra su abundante producción. No es un problema de cambio de personalidad -como en Pessoa- ni un deseo de tirar por elevación -como en Machado-, es más bien, creo yo, un proceso de dudas y tanteos psicológico-sociales, unido, claro es, a una toma de conciencia de las situaciones y los hechos en la tierra y en el tiempo -el famoso "aquí y ahora"- en que le ha tocado vivir. Es la hora -digámoslo claramente- de su poesía comprometida.

Celaya llegó, a mi entender, al máximo de su explicación en torno a la nueva actitud en un poema fundamental: precisamente el que titula con la frase antedicha. Pertenece al libro *Cantos Iberos*, de 1955. Vitalista pleno, supera el asco existencial alojado en algún poema anterior, y logra que para él la vida sea una afirmación de la que se deducen acaso razones *cruelas* y *bárbaras*, pero también *amorosas*. Todo ello debe ir al poema con evidencia mágica. Comprobamos, pues, cómo ese substrato ancestral no le abandona nunca del todo ni en los tramos más sólidos de su ebullición social. La poesía sirve para "dar un sí que glorifica" y es "necesaria como el pan de cada día". Frente a los que rizan el rizo de la poesía como esteticismo puro, como un kantiano fin sin fin o una romántica vaguedad que efunde belleza sin destino, o -en definitiva- frente a la teoría del arte por el arte, Celaya postula una poesía útil y necesaria para el ser humano y su inserción en el mundo. Frente a decadentes melancolías y enfermedades nostalgias, Celaya quiere poner la poesía del lado de lo afirmante y avanzador.

Y la denuncia no se hace esperar. Denuncia doble. Primero, de la situación concreta, político-social, en que el poema se escribe (régimen dictatorial, de censura, de coerción que "apenas nos deja decir quiénes somos") Después, del

entendimiento de la poesía abocada al mero ejercicio de la belleza retórica, olvidándose de las situaciones injustas. Esa poesía, para Celaya, es *maldita*. De la denuncia se pasa a la beligerancia, de la recriminación, al vituperio. El poeta maldice la poesía "concebida como un lujo" y también aquella que "no toma partido" El planteamiento excede de la poética para relacionarse con la filosofía. La poesía que sí toma partido, la no maldita, para Celaya, es la poesía comprometida, y según Jean Paul Sartre, el compromiso en la literatura no implica al poeta. Celaya aquí -y yo creo que con razón y acierto- contradice, sin citarlo, al filósofo francés, cuyas explicaciones en cuanto a la excepción del compromiso poético son poco convincentes. La poesía -según nuestro poeta- debe tomar partido "hasta mancharse" en la pugna contra la injusticia y en favor de la libertad. Nada más opuesto a la famosa "poesía pura".

Resumiendo, y reincidiendo, diríamos que la poesía social de Celaya es importante precisamente porque no se queda en la coyuntura, sino que viene dada por un cambio fundamental de actitud. Es una poesía revolucionaria, en doble sentido. Porque se manifiesta claramente partidaria de la transformación de estructuras sociales: lucha de clases, revalorización del trabajo, asunción de problemas colectivos, acción frente a la injusticia, sentido innato de la libertad. Revolucionaria también porque combate convencionalismos tradicionales en torno al propio ser de la poesía y a sus fines. Qué es y para qué sirve la poesía. Es -deducimos-, para el poeta Celaya, una actividad más del hombre, y sirve para crear conciencia.





Celaya abre el lenguaje de su poesía -que ha sido a veces surrealista, a veces existencial, a veces lúdica- a la expresión directa y al prosaísmo, pero nunca ha vuelto la espalda a las formas versales y rítmicas, aunque las emplee de manera flexible. Tampoco se despojó plenamente de connotaciones míticas, porque uno de sus rasgos más personales, es la trascendencia de un magma que subyace en biológica y anímica fundamentación, como si el ser humano emergiere de un abismo latente desde el que también se unifican, de alguna forma, las reacciones y los instintos.

Cabe decir que, si nos atenemos a la definición de Tomás Carlyle, Celaya fue un héroe, porque asumió los sentimientos y las ideas de una mayoría de sus contemporáneos y supo expresarlos en palabras idóneas y convincentes, poéticamente cautivadoras. Le devolvió a la poesía el viejo prestigio que otrora ostentó y, en nueva misión prometéica, entregó a las gentes de su tiempo el fuego simbólico de la libertad. La poesía así concebida es una hoguera en la que ar-

den viejos y nuevos mitos. Celaya fue el gran pirómano, y en sus poéticas piras se quemaron materiales diversos, incluso los que tradicionalmente se juzgaban no combustibles. El mismo ardió en esas llamas, porque, como dijo Emerson, el poeta no es el antorchero del fuego de la poesía, es el fuego mismo. A su resplandor, se animaron muchas esperanzas y se iluminaron muchas ansias de libertad.

Modelo para muchos, ejemplo en la defensa de la libertad, bandera del anti-franquismo, su ingente labor se abre generosa y beligerante, innovadora y creativa.

Sé bien que la influencia social de la poesía es lenta y acaso feble. Pero el excepcional mérito de la obra de Celaya es que en la evolución de la conducta y del pensamiento de la sociedad española de postguerra, su trabajo fue coeficiente. Creo que llegó a profundizar con cierto calado. Nombre insoslayable en la historia de la literatura de este siglo. Sin él, no se entendería bien la marcha de la poesía de nuestra época. Ni quizá de la vida.